

EL GIGANTE PETULANTE

JUAN ALCAIDE RUBIO



ILUSTRACIONES:

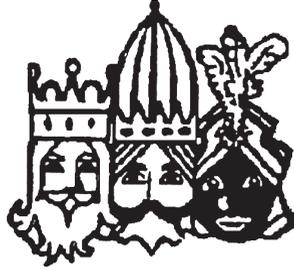
ANTONIO J. GONZÁLEZ SÁNCHEZ

Asociación de Amigos de los Reyes Magos

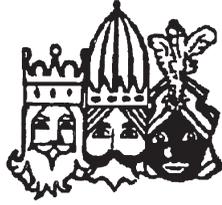
ALCALÁ DE GUADAÍRA 2017

**COLECCIÓN DE CUENTOS NAVIDEÑOS
DE LA
ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS
DE
ALCALÁ DE GUADAÍRA**

I (1997)	XI (2007)
La princesa del lunar	El caramelo olvidado
Texto: Antonio Rodríguez Almodóvar	Texto: Francisco Mantecón Campos
Ilustraciones: Isidoro Villalba Corzo	Ilustraciones: Francisco Mantecón Campos
II (1998)	XII (2008)
Germán, el pequeño mago	Cuatro cartas
Texto: Ignacio de Loyola Ríos Cañavate	Texto: José Corzo Frieyro
Ilustraciones: José Martínez Recacha	Ilustraciones: Jorge Rico Morales
III (1999)	XIII (2009)
Las historias del abuelo	De Oca en Oca
Texto: Francisco García Rivero	Texto: Vicente Romero Muñoz
Ilustraciones: Francisco Barranco García	Ilustraciones: Vicente e Ignacio Ríos Romero
IV (2000)	XIV(2010)
Juan el cascarrabias	Un Amigo Especial
Texto: José Antonio Francés González	Texto: Ángel Gutiérrez Olivero
Ilustraciones: Francisco J. García Jiménez	Ilustraciones: Beatriz Rivas Blanco
V (2001)	XV(2011)
El país de los juguetes	Pablo y los Reyes atrapados en el tiempo
Texto: Alberto Mallado Expósito	Texto: Luis Alfonso García Inurria
Ilustraciones: M ^a Luisa Araújo Florindo	Ilustraciones: Javier García Jiménez
VI (2002)	XVI(2012)
El Dragón y los Reyes Magos	La niña de los colores
Texto: José Manuel Campos Díaz	Texto: José María Rubio Rubio
Ilustraciones: Javier Hermida Ruíz	Ilustraciones: Elisa Rubio Méndez
VII (2003)	XVII(2013)
Rachid y la Princesa encantada	Campamento de estrellas
Texto: Javier Caraballo	Texto: Esaú Pérez Jiménez
Ilustraciones: Juan Lamas Rodríguez	Ilustraciones: José Manuel Terrón Gómez
VIII (2004)	XVIII(2014)
Mateo y la Banda del Alpechín	Hugo y el misterio de las dos mamás
Texto: Isidro Maya Jariego	Texto: Juan Francisco Huertas Carretero
Ilustraciones: Xopi	Ilustraciones: Alumnos del Colegio Salesiano de Alcalá
IX (2005)	XIX(2015)
Aquellos niños del río	Kevin y Yago
Texto: Olga Duarte Piña	Texto: Francisco López Pérez
Ilustraciones: Rafael Luna	Ilustraciones: Miguel Ángel Márquez
X (2006)	XX(2016)
El caballo de madera	Doce Noches
Texto: José Antonio Mallado Rodríguez	Texto: Juan Antonio Muñoz Andrade
Ilustraciones: Celestino Boge Rangel	Ilustraciones: Javier Hermida Ruiz



La Cabalgata de Reyes Magos de Alcalá de Guadaíra, institución decana de la Navidad, quiere homenajear y obsequiar, por medio de este cuento, a todos los niños y niñas alcalaes. Estamos convencidos de que, a través de su amena y alegre lectura y la belleza de sus ilustraciones, estos hombres y mujeres del futuro serán asiduos lectores y personas más receptivas a las cosas de su ciudad. No podemos olvidar nunca que la cultura y la educación hacen a las personas más libres.



*Esta edición se distribuye gratuitamente entre los niños y niñas alcala​re​ños
por gentileza de la Asociación de Amigos de los Reyes Magos
de Alcalá de Guadaíra*

© Edición: Asociación de Amigos de los Reyes Magos de Alcalá de Guadaíra

© Texto: Juan Alcalde Rubio

© Ilustraciones: Antonio J. González Sánchez

Depósito Legal: SE-8592-2011

Diseño e impresión: impresaonline24.es
Parque Sevilla Industrial (PARSI), c/. Parsi 6, 38-40
41016 Sevilla
Tel.: 955 124 833
Tienda online: www.impressaonline24.es

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso previo de los autores.

Juan Alcaide Rubio

A mi padre y a mi tío Pepe,
que llenaron de historias
muchas noches de luna.



Ilustraciones: Antonio Jesús González

A Laura, por su paciencia infinita,
y a Fabiola y Lucas, por su corazón.

ASOCIACIÓN DE AMIGOS DE LOS REYES MAGOS

Había una vez un bosque, y en el bosque un río, y cerca del río dos niños que jugaban distraídos cuando, de pronto, fueron a tropezar con una huella y cayeron de boca dentro de ella.

Era la huella de un pie enorme; tan grande como una de las barcas que navegaban por el río, y tan profunda que a los niños les costó salir de allí sus diez minutos y muchos sudores —y eso que eran buenos escaladores—.

Pero al fin, trepando por las paredes de aquel enorme agujero, consiguieron salir, y, en vez de volver a casa corriendo, se quedaron sentados al borde del socavón pensando:

“Esto es un misterio misterioso,
¿Quién tendrá el pie más grande que un oso?”

Y así fue, por casualidad... o no, como Catalina y Tomás, dieron con el caso más emocionante y extraño de sus vidas: el misterio de la huella del bosque del río.



Tomás era un niño listo, observador y muy curioso, pero, cuando algo le salía mal, se enfurecía mucho, tanto que algunos amigos, en vez de Tomás, lo llamaban *To-mulo*, porque, cuando se enfadaba, les daba una patada en el culo.

La niña, Catalina, era tan lista como Tomás, pero no tenía tan mal genio. Era, además, una niña muy valiente.

Parecía que nunca tenía miedo, aunque nadie sabía lo que pensaba porque hablaba muy poco; tan poco que mucha gente, en vez de Catalina, la llamaba *Calladina*, la que nunca decía: esta boquita es mía.



Tomás y Catalina, o Catalina y Tomás, que lo mismo da, se divertían mucho con sus juegos y sus historias, pero esta vez era algo distinto, habían tropezado con una auténtica aventura.



Ocurría que no sabían por dónde empezar; alrededor del hoyo que había dejado el pisotón de aquel enorme pie, no había nada, ninguna pista. Aquello era algo muy extraño, ¿encontrarían algún apaño?

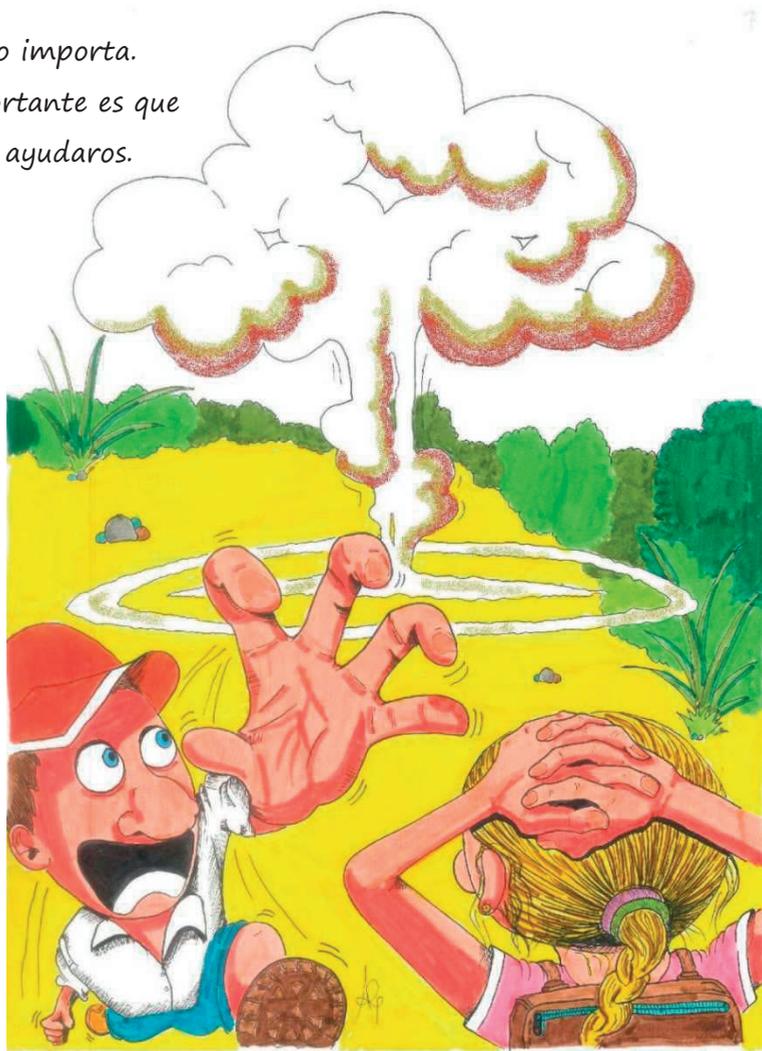
Empezaban a pensar que la solución iba a ser muy difícil. Pero... tanta, tanta, tanta era la ilusión que tenían en investigar y descubrir aquel misterio que, cuando ya iban a separarse cada uno por su lado para buscar alguna pista, se les apareció, detrás de una nube de polvo dorado y rojizo, como caído de un árbol, un personaje fantástico, algo así como un genio o un mago, que les preguntó:

—Catalina, Tomás, ¿adónde vais? ¿Por qué os separáis?

—Vamos a buscar pistas para resolver un misterio. Pero, ¿y tú, quién eres? ¿Cómo sabes nuestros nombres? —preguntó Tomás.

—Eso no importa.

Lo importante es que
vengo a ayudaros.



Catalina ya se imaginaba quién era, pero no decía nada, seguía con su boquita cerrada.

Tomás, que lo observaba con mucha atención, preguntó:

—¿Y por qué vas así vestido, con esa capa y con un turbante? Llevas guantes blancos como los que se ponen los reyes y unos zapatos dorados como los que le vi al Rey Baltasar en la Cabalgata, y... ¡y tienes la cara negra! Verás, verás... ¡A que vas a ser Baltasar!

—shshshshshsh... —siseó el mago— Bueeeno, vale, me habéis descubierto, pero este debe ser nuestro secreto. Como he dicho, lo importante no es quién soy, sino por qué estoy aquí; así que os lo voy a contar:



Ya sabéis que los Reyes Magos nos enteramos de lo que hacéis los niños, ¿verdad? Y nos alegra mucho que os portéis bien, pero lo que de verdad de verdad queremos y lo que más felices nos hace es que tengáis ilusión. Por eso yo siempre llevo conmigo una cosa muy especial, ¿sabéis qué? Pues, un detector de ilusiones; es como magia mágica, y se llama mirra. Sí, mirra, la misma que llevé al Portal de Belén.

Desde aquel día, cada vez que lanzo al cielo un puñado de mirra, se forma una nubecilla que, por el aire, me guía hasta el lugar donde exista una gran ilusión. Y esta vez, mi nubecilla me ha traído hasta vosotros.

—Entonces, ¿vienes a contarnos lo de la huella?

—preguntó Tomás.

—No, no, no... De eso nada. Eso no tendría gracia.

Yo simplemente os daré una pista para que podáis cumplir vuestra ilusión.

Pero, para conseguirlo, tendréis que recordar tres cosas:



—¿Y qué cosas son esas?

—Muy fácil. Escuchad con mucha atención y no las olvidéis.
¡Atentos, eh!

Primera: La furia es cosa de fieras, las patadas, a las piedras.

Segunda: No se avanza si estás muda, hay que resolver las
dudas.

Y tercera: Por caminos y veredas, siempre juntos y a la vera.



—¡Vale! —dijo Catalina— Lo he entendido.

—¡Genial, Catalina! —exclamó Baltasar— ¡Por fin escuchamos
tu voz! Ya veo, ya veo que lo has entendido.

—Sí, sí, lo hemos entendido —repitió Tomás—. Pero... ¿y la pista?

—Tranquiilo, que ya viene. Ahora que sabéis estas tres cosas, ya puedo daros la clave que os ayudará a resolver el misterio de la huella.

—¡Bien, por fin!

—Apuntad chicos, la pista es la siguiente:

“Más allá del quinto pino,
entre dos viejos molinos,
la memoria y un bastón
os darán la solución”.

—¡Ole, ole, la tenemos! —exclamó Tomás al tiempo que el Mago desaparecía entre una nube brillante de polvo dejando a los niños con la boca abierta.



Y con la pista del Rey Baltasar en la mente, sin perder ni un segundo, los niños se pusieron en marcha.

“Más allá del quinto pino...” iban pensando, cuando dijo Catalina:

—Para llegar a los pinos, primero tenemos que atravesar todo el bosque de almeces.

—Pues vamos —animó Tomás.

E inmediatamente se pusieron a caminar muy rápido, corriendo casi, pisoteando las hojas caídas que, a su paso, crujían haciendo un ruido parecido al que harían cien niños comiendo patatas fritas. Y siguieron andando y andando sin descanso hasta que al fin, después de un buen rato, salieron del bosque y llegaron hasta el primer pino.

—¡Aquí están los pinos! —gritó Tomás.

—¡Bien! Vamos a contar:

Primero, segundo, tercero, cuarto y... ¡el quinto pino! Ahora, ¡a buscar un molino!



Al salir del bosque el paisaje había cambiado. Había tanta luz como en las playas de arena blanca, y el cielo era azul, más azul que los mares del sur.

Juntos, siguieron andando un buen trecho, siempre cerca de la orilla del río. Iban decididos y en silencio; un silencio que se rompió cuando, a lo lejos, distinguieron una especie de casa con una torre.

—¿Ves eso? Es un castillo, seguro que en la torre hay una princesa encerrada. ¡Vamos, vamos a asomarnos, tenemos que rescatarla!

—Pero, qué castillo, ni qué princesa —dijo Tomás—. ¿Te has vuelto loca, Catalina? ¡Estás como don Quijote! Te digo, aunque yo no sea Sancho Panza, que eso no es un castillo, sino una aceña, y que ahí no hay ninguna princesa.

—¿Una aceña? ¿Eso qué es? —Preguntó Catalina, que ya no se quedaba muda cuando tenía una duda.

—Una aceña es un molino, pero no de viento, sino de agua. Por eso están en el río —explicó Tomás.

—¿Un molino? Entonces, ¡vamos por buen camino!



Los niños llegaron hasta la aceña y, mientras Tomás investigaba el funcionamiento de las enormes piedras circulares que había allí dentro, Catalina escalaba por el tejado del molino hasta llegar a lo alto de la torre —que era en realidad el lugar donde se guardaba el trigo—. Y desde allí gritó:

—¡Tomás, Tomás, desde aquí arriba se ve todo!

—¿Y qué ves?

—Pues todo: el río, las copas verdes de los pinos que desde aquí parecen un brócoli gigante, las hojas plateadas de los álamos blancos donde dice el maestro que se esconden los ruiseñores, y hasta puedo ver algunas de las casitas del pueblo, las murallas y el campanario en lo más alto. Y... A ver, a ver... Si miro hacia el otro lado, sigo viendo el río, pero al final hace una curva y ya deja de verse... ¡Un momento! Allí, al final, en la curva del río, hay otro castillo muy parecido a este.

—Y dale con los castillos —le interrumpió Tomás—.

Si es muy parecido a este, no es un castillo, es otro molino. ¡Bravo Catalina!

¡Ya estamos cerca!

Recuerda la pista del Mago:

La solución está entre dos molinos.

Y entre uno y otro, algo de una memoria y un bastón. ¿Ves alguna memoria por ahí?



—¡Queeeeé?

—¡No sé! Algo que tenga que ver con la memoria: un elefante o rabitos de pasa o... ¡yo qué sé! Desde luego, vaya la pista que nos ha dado Baltasar —decía Tomás cada vez más enfadado y decidido ya a pegarle una patada de furia a su amiga.

—¡Eh, eh, tranquilo, la furia es cosa de fieras! —le recordó Catalina.

Y, entonces... ¡POOOOMMM! Patadón de Tomás... a las piedras de la aceña.



Y mientras Tomás se retorcía de dolor por jugar con ruedas de molino, Catalina, sin esperar un momento, había bajado de la torre y ya caminaba hacia la siguiente pista:

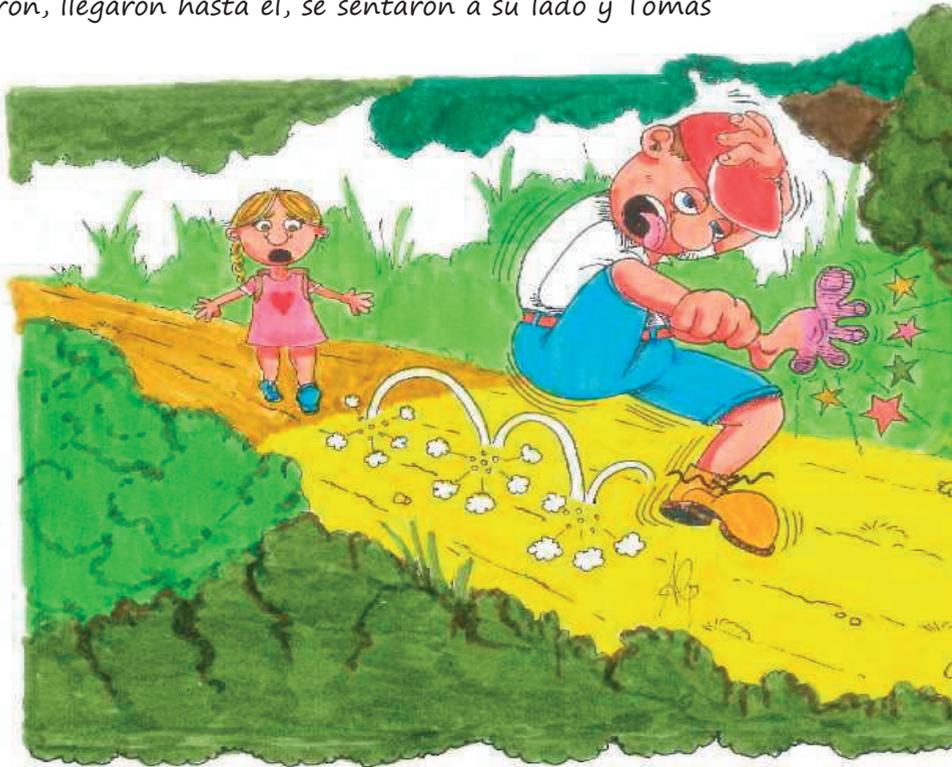
—Vamos Tomás, vamos, y canta conmigo...

🎵🎵 *A la vera y siempre juntos
por senderos y riberas
vamos descubriendo el mundo* 🎵🎵

Y allá le seguía Tomás... a una pata nada más.

Los dos amigos caminaron un buen trecho hasta que dieron, al otro lado de unos setos, con un edificio que parecía una casa viejísima. Y allí, sentado en un banquito al lado de la puerta, con la cabeza apoyada en la pared, dormitaba un señor más viejo que la casa.

Los niños no se atrevían a acercarse, pero al ver que aquel hombre tenía entre las manos un bastón, entendieron que habían dado con la parte de la pista que les faltaba. Y entonces no lo dudaron, llegaron hasta él, se sentaron a su lado y Tomás carraspeó:



—Ejjeemm, ejjeemm... ¡Buenos días!

El viejo no pareció sorprendido por la visita, y, con tranquilidad, respondió:

—Buenos días, niños.

—¿Cómo se llama usted, señor? —Preguntó Catalina.

—Pero, ¿cómo, no sabéis mi nombre? ¿No me conocéis? Desde luego... Uno aquí, conservando las historias de todo el pueblo, y el pueblo olvidándose de uno... En fin... Me llamo Salvador, aunque me conocen, o me conocían, como “el viejo historiador”. Tengo muchos años. Soy casi tan viejo como el río, y aquí sigo, viendo pasar el agua. Pero soy feliz, ¿sabéis por qué? Porque conservo una buena memoria y este viejo bastón. Con la memoria me divierto cada día recordando algo distinto,

y en el bastón me apoyo todas las tardes para dar un paseo hasta el bosque, y allí charlo con los viejos árboles, y hablamos del tiempo, y recordamos las miles de historias que hemos vivido juntos. Pero bueno, no os aburro más con mi vida. Me imagino que,

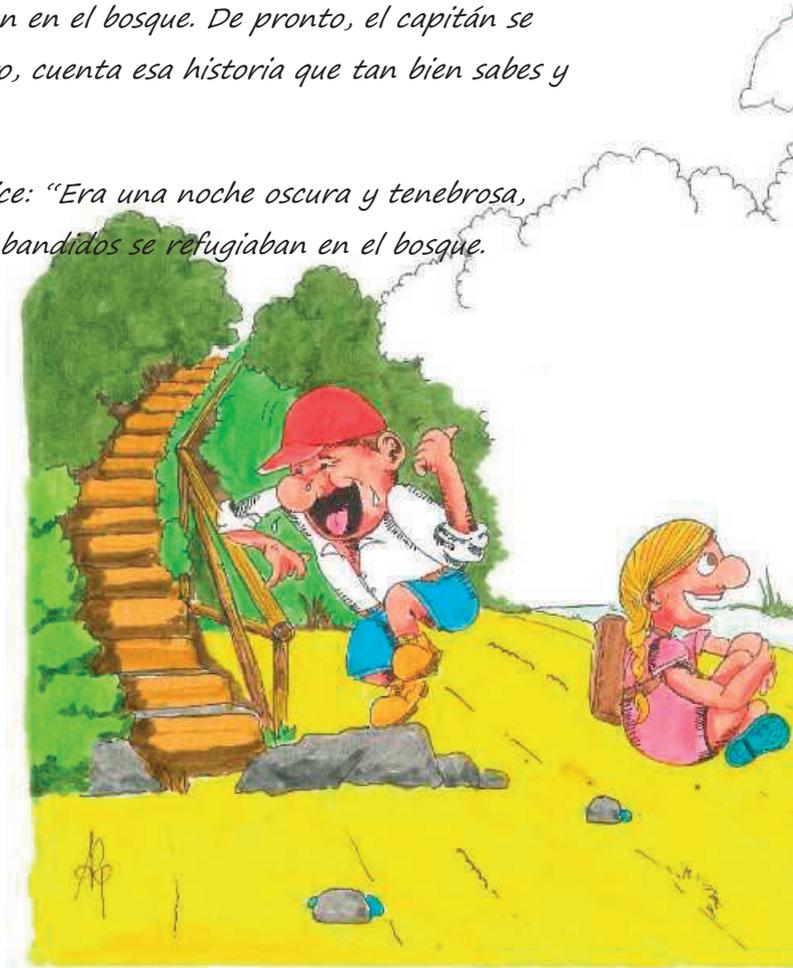


ya que estáis aquí, querréis escuchar alguno de mis cuentos, ¿no?
—Bueno, más o menos. —Titubearon los niños.
—¿Queréis que os cuente el cuento de “Mariquilla”?
—Ja, ja, ja, ja... —Rio Tomás —Ese nos lo sabemos de memoria.
Mi abuelo nos lo ha contado cientos de veces. Más que un
cuento, nos gustaría que nos contase otra cosa.
—¡Ah, bueno! ¡Eso está hecho! Lo que queréis es una historia...
Y, sin más, empezó el historiador:

*Era una noche oscura y tenebrosa, noche espantosa. Los
bandidos se refugiaban en el bosque. De pronto, el capitán se
levanta y dice: “Pedro, cuenta esa historia que tan bien sabes y
tan mal dices”.*

*Pedro se levanta y dice: “Era una noche oscura y tenebrosa,
noche espantosa. Los bandidos se refugiaban en el bosque.
De pronto,
el capitán se
levanta y dice:
“Pedro,
cuenta esa
historia que
tan bien sabes
y tan mal
dices”.*

*Pedro se
levanta y dice:
“Era una
noche...*



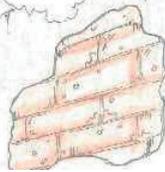
—¡Bueno, bueno, pare, pare, por favor! —se atrevió a interrumpir Catalina— Esto parece el cuento de La Buena Pipa, no podemos estar así hasta mañana. Verá, lo que queremos en realidad es que nos ayude a resolver un misterio.

—Para mí no hay misterios —contestó Salvador—. Guardo todo lo que ha ocurrido en mi memoria, y no hay nada que se me escape.

—El misterio del que le hablo no es un misterio cualquiera. Es un auténtico misterio misterioso: se trata de una huella más grande que un oso.

—¿Una huella más grande que un oso?

—Sí, esta mañana tropezamos con la huella y caímos de boca dentro de ella.



—Jo, jo, jo, jo... —rio el viejo—. Ese no es ningún misterio intrigante; ¡Es la huella del gigante!

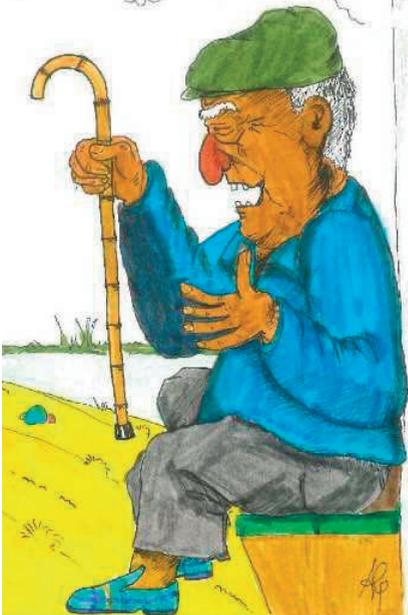
—¿En serio? —preguntó Tomás—.

—Sí, chicos, esa huella es del Gigante Petulante.

—Petu... ¿qué?

—Pe-tu-lan-te. ¡Pero qué pasa? ¿También se ha olvidado todo el mundo del gigante? ¡Qué desplante! Escuchad:

Esa huella con la que habéis tropezado es de un gigante que vive en una de las cuevas del bosque del río. Y no penséis que es un ogro ni una bestia malvada; en realidad es tan solo un niño, aunque,



eso sí, un niño muy presumido y arrogante que quedó encerrado en un cuerpo de gigante.

—Vamos, ¡que era un chulito! —dijo Tomás.

—¡Acertaste! Por eso mismo lo llamaron Petulante. Veréis, él era un niño normal. Es verdad que era alto y fuerte, y que corría mucho, y que era muy bueno en todos los deportes, pero, ¿sabéis otra cosa? Era un niño que nunca se ponía colorado, como iba de sobrado... Todo eso —su altura, su fuerza y su habilidad— ya lo veía todo el mundo, pero él no paraba de repetir lo estupendo que era y se pasaba el día pavoneando: “Yo soy más rápido que tú” decía, o “Soy el más fuerte del barrio”, y también “Siempre soy el que mete más goles, gracias a mí somos los mejores”. Y como esas fanfarronerías, todo el día.

“Pues vaya pelmazo, ¡qué mamarracho!”

—pensaba Catalina— Mientras Salvador seguía explicando el misterio:

El problema fue que cada vez que presumía, el niño crecía y crecía. Con cada chulería, más ancho se ponía. Y, claro, cuanto más alto y más ancho, más presumía el muchacho. Pero tanto, tanto chuleó, y tanto, tanto creció, que en un gigante se convirtió.

—Entonces, ¡cayó en un hechizo! dijo Tomás.

—Pues sí, más o menos. El caso es que se quedó sin ganas de presumir y se escondió para que no lo viera nadie convertido en un gigante. Desde entonces, vive en una cueva del bosque, de la que solo sale en las noches



de luna para lavarse en el río y buscar algo de comer. Dicen que su comida preferida son los patos, y que, después de comerse unos cuantos, usa las palmeras del parque como cepillo de dientes. Con las farolas, dicen que se limpia los oídos y que, cuando le pica la espalda, para rascarse, arranca el primer pino a su alcance. ¿No habéis sentido nunca esos ruidos extraños que llegan desde el bosque algunas noches? Pues no son más que los ruidos de cualquier caminante, pero en gigante.

—¡Ah! Ahora entiendo esos truenos sin relámpagos ni tormenta que se sienten por las noches —dijo Tomás.

—Ja, ja, ja, ja... ¡Qué cochino el presumido! —rio Catalina.

—Por lo que veo, —continuó el viejo Salvador— ya nadie recuerda que por aquí sigue existiendo un niño encerrado en un cuerpo de gigante.

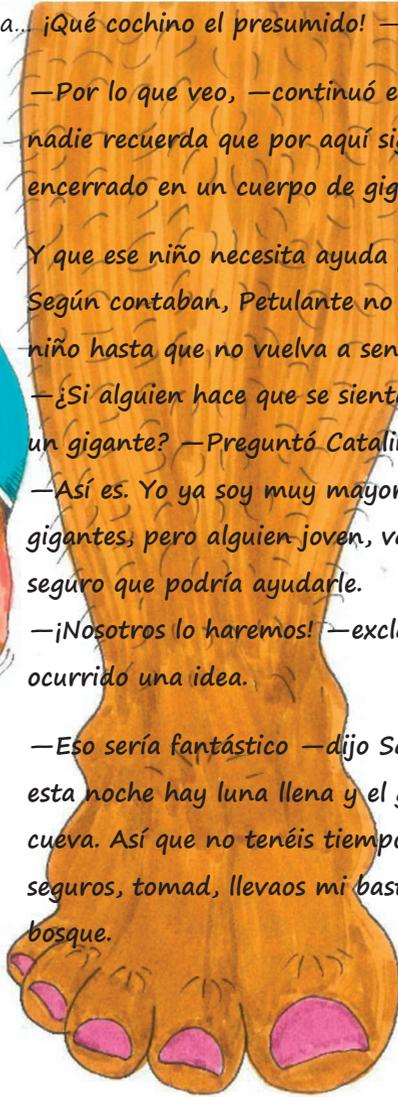
Y que ese niño necesita ayuda para romper el maleficio. Según contaban, Petulante no recuperará su cuerpo de niño hasta que no vuelva a sentirse pequeño.

—¿Si alguien hace que se sienta pequeño, dejaría de ser un gigante? —Preguntó Catalina.

—Así es. Yo ya soy muy mayor para andar con gigantes, pero alguien joven, valiente y con imaginación seguro que podría ayudarlo.

—¡Nosotros lo haremos! —exclamó Catalina—. Se me ha ocurrido una idea.

—Eso sería fantástico —dijo Salvador—. Precisamente esta noche hay luna llena y el gigante saldrá de su cueva. Así que no tenéis tiempo que perder. Si estáis seguros, tomad, llevaos mi bastón, él os guiará por el bosque.



Decididos a ayudar al gigante, los niños cogieron el bastón del viejo historiador y regresaron a casa mientras Catalina le contaba su plan a Tomás. Allí esperaron a que se pusiera el sol y, cuando la luna asomaba ya, blanca y redonda como un pan de Alcalá, volvieron al bosque en busca de una sombra más grande y oscura que la noche.

Con un poquitín de miedo y con mucha mucha ilusión siguieron el sendero... “¡Vamos adelante, adelante! ¡A por el Gigante Petulante!”

Iluminados por la claridad de la luna, los niños llegaron al bosque y, rápidamente, escalaron hasta una zona en la que había un pozo profundísimo excavado entre las rocas de albero. Allí, cogieron grandes ramas de los árboles cercanos y taparon con ellas la boca del pozo. Luego, descendieron hasta la orilla del río, treparon a las primeras ramas de un gran árbol y, como panteras silenciosas, aguardaron atentos el movimiento de alguna sombra sospechosa.

Estuvieron esperando un buen rato, mucho rato. Y nada, del gigante, ni rastro. Pero, cuando estaban a punto de marcharse, cansados de esperar, de repente, se volvió todo más oscuro, desapareció la luna en el cielo, una enorme sombra cubrió el bosque y... ¡Allí estaba! Al otro lado del río, con su palmera y su pino, ¡el Gigante Petulante!



—¡Ahí está, Tomás! ¡Ahí está! —dijo emocionada
Catalina— ¡Vamos! ¡Ahora!

Y, como un rayo, los niños bajaron del árbol y empezaron a trepar por las rocas lanzando graznidos con todas sus fuerzas:

“Cua, cua, cua, cua...” “Cua, cua, cua, cua...”

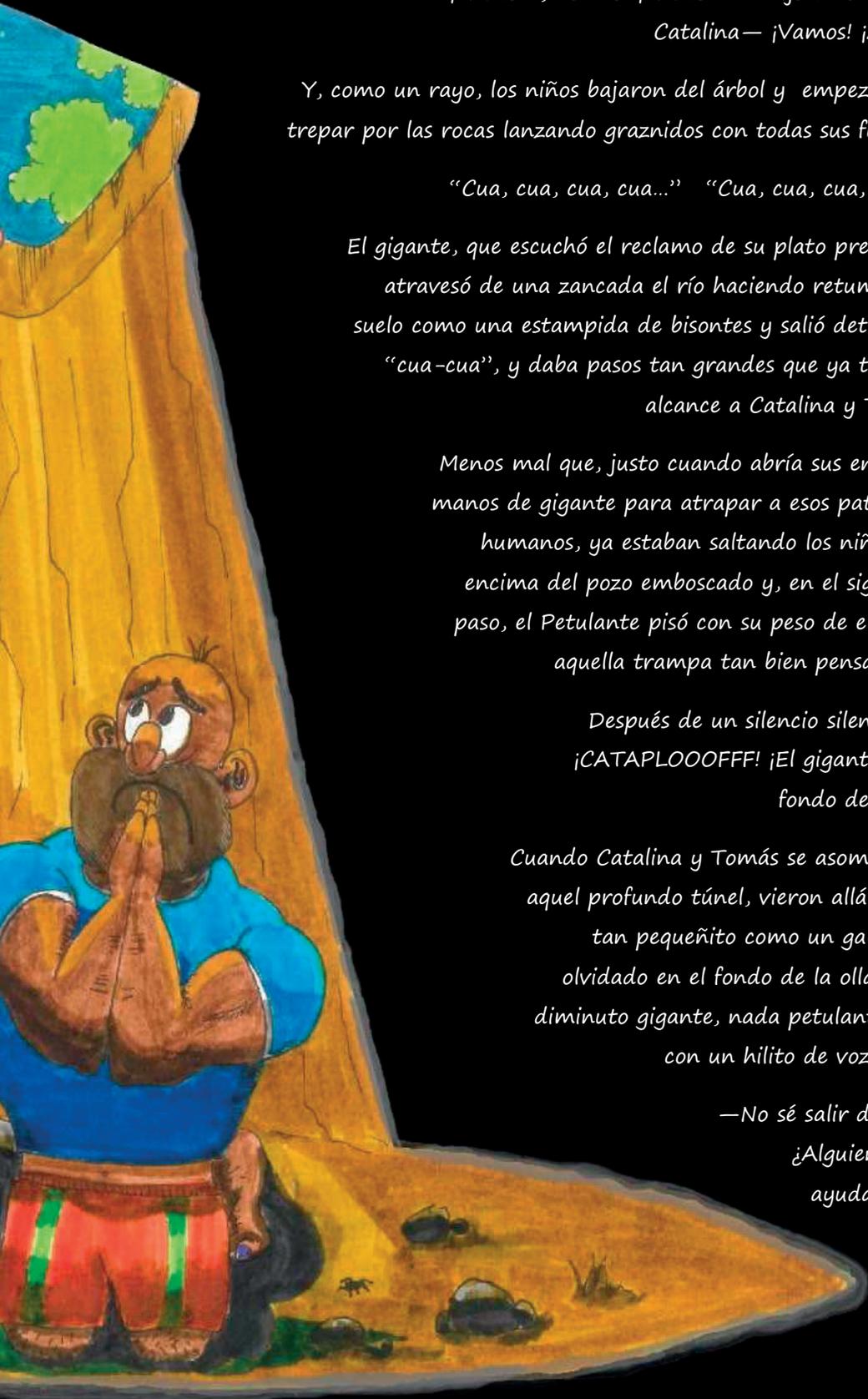
El gigante, que escuchó el reclamo de su plato preferido, atravesó de una zancada el río haciendo retumbar el suelo como una estampida de bisontes y salió detrás del “cua-cua”, y daba pasos tan grandes que ya tenía al alcance a Catalina y Tomás.

Menos mal que, justo cuando abría sus enormes manos de gigante para atrapar a esos patos tan humanos, ya estaban saltando los niños por encima del pozo emboscado y, en el siguiente paso, el Petulante pisó con su peso de elefante aquella trampa tan bien pensada y...

Después de un silencio silencioso...
¡CATAPLOOFFFF! ¡El gigante en el fondo del pozo!

Cuando Catalina y Tomás se asomaron a aquel profundo túnel, vieron allá abajo, tan pequeñito como un garbanzo olvidado en el fondo de la olla, a un diminuto gigante, nada petulante, que con un hilito de voz decía:

—No sé salir de aquí.
¿Alguien puede ayudarme??



Y sin perder un minuto, los niños ataron una cuerda muy larga al bastón del viejo Salvador y lo lanzaron al fondo del pozo.

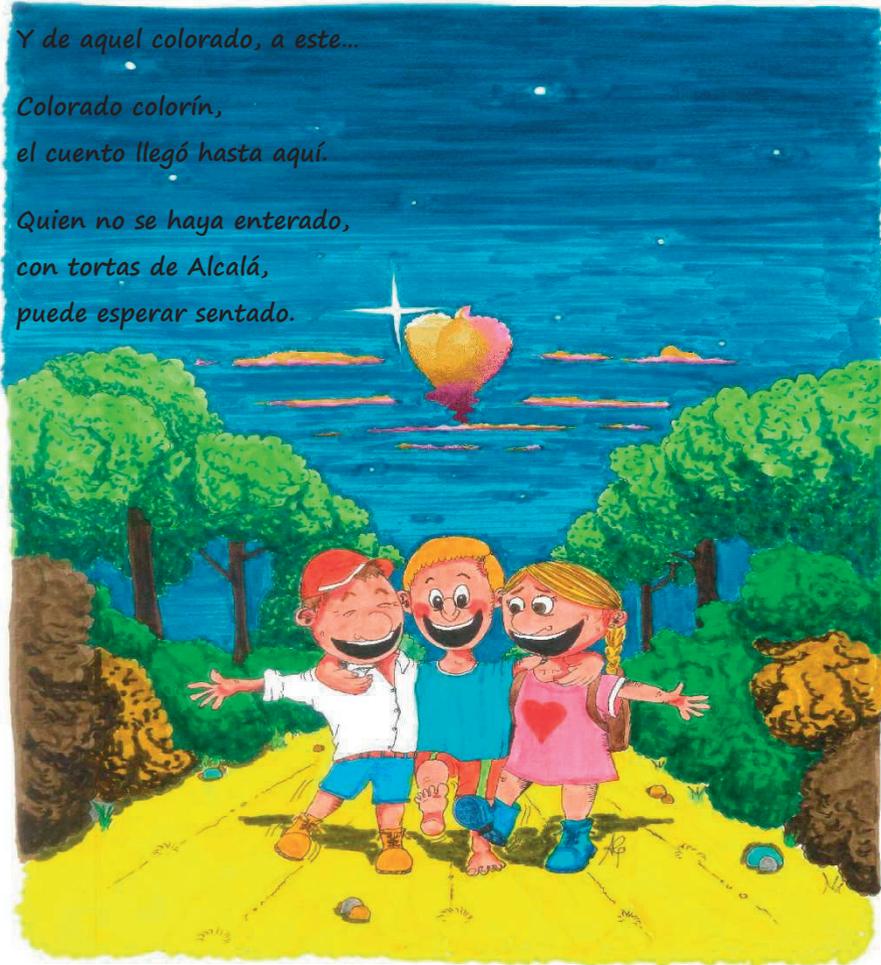
—¡Agárrate fuerte al bastón! ¡Y no lo sueltes, por favor! —le gritaron.

Con todas sus fuerzas, los niños tiraron y tiraron de la cuerda hasta que, al fin, logró salir a la superficie el mismo que antes había caído, pero en vez de aparecer un gigante, apareció, sencillamente, un niño alto y fuerte. Al verlo, Catalina y Tomás, ilusionados, se lanzaron a abrazarlo con todas sus fuerzas. Y —mientras una nube dorada de polvo con aromas de incienso y mirra flotaba en el aire dibujando sobre sus cabezas un precioso turbante—, al volver a mirarlo, saltando de alegría, exclamaron: —¡Lo hemos logrado, te has puesto colorado!

Y de aquel colorado, a este...

Colorado colorín,
el cuento llegó hasta aquí.

Quien no se haya enterado,
con tortas de Alcalá,
puede esperar sentado.



Este cuento se acabó de imprimir el 6 de diciembre de 2017, Día de la Constitución Española, cuando falta un mes justo para la Epifanía del Señor, festividad de los Reyes Magos.



AUTOR DEL CUENTO:

Juan Alcaide Rubio (Alcalá de Guadaíra, 1976)

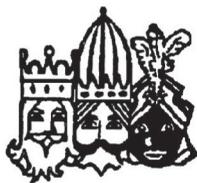
Licenciado en Historia por la Universidad de Sevilla, casado y padre de dos niños. Antiguo alumno del Colegio Salesiano de Alcalá, donde tuvo el primer contacto con la literatura de la mano del profesor don Antonio Montero, fueregonero de la Navidad Salesiana en 2016. Tiene una especial vinculación con la Cabalgata desde que fuera nombrado Mantenedor Real del año 2015. Trabaja como profesor de Lengua y Literatura, Geografía e Historia en el Colegio Highlands de Sevilla. Labor que compagina con la de articulista del periódico Guadaíra Información.



AUTOR DE LAS ILUSTRACIONES:

Antonio Jesús González Sánchez (Sevilla, 1975)

Licenciado en Filología Hispánica por la Universidad de Sevilla, casado y con dos hijos, se educó en el Colegio de San Francisco de Paula, donde, desde muy temprana edad, mostró admiración por los dibujos de Paco Pérez Valencia o Jesús García López de la Osa, demostrando sus dotes artísticas como frecuente ilustrador de las revistas Nuestro Mundo y Mendrugo y haciéndose cargo de la primera edición del Concurso de Carteles para el Pregón Cofrade de dicho centro. Actualmente compagina su labor docente como profesor de Latín, Lengua y Literatura en el Colegio Highlands de Sevilla con su faceta más desconocida de dibujante y caricaturista, destacando la última de sus colaboraciones para la editorial JIRONES DE AZUL, con la portada de HISTORIAS DE CÁMARA EN RISTRE, de Francisco Javier Torres Gómez. Asume, por primera vez y con la misma ilusión con la que revive las vísperas del día de los Reyes Magos, el reto de ilustrar este cuento para niños.



Patrocinan:



Ayuntamiento de
Alcalá de Guadaíra
FIESTAS MAYORES



GUADAMARO, S.L.
Agencia de Seguros
José Enrique Marín Caro
La Plata, 17-19, Local A
95 568 13 12

reinventando / los seguros